

bir sacrificios de muertes de hombres, antes los aborrecía y prohibía. Los sacrificios que ella amaba y de que se agradaba y se los pedía y mandaba ofrecer eran tórtolas, pájaros, conejos, yerbas y flores; y teníanla por abogada delante del gran dios, porque les decía que le hablaba y abogaba por ellos. Tenían grande esperanza en ella, que por su intercesión les había de librar de aquella dura servidumbre que los otros dioses les pedían de sacrificarles hombres, porque lo tenían por gran tormento; y solamente lo hacían por el gran temor que tenían al demonio, por las amenazas que les hacía y daños que de él recibían, no obediéndolo en esto.

A esta diosa miraban con suma reverencia, y sus respuestas tenían como oráculo divino, y más que otros señalados los sacerdotes de su culto y servicio, como ya hemos dicho en otra parte; y que esta diosa no quisiese sacrificios de hombres, no sé qué sea, ni tampoco lo entiendo, porque esto de querer unos, uno y otros, otro, son para mí adivinanzas, porque de la condición del demonio sabemos que apetece la perdición del hombre; y así mostraba este apetito en las ocasiones que persuadía el sacrificio de hombres, pues era en orden de llevárselos al infierno, por morir en la infidelidad de sus depravadas leyes idolátricas, y ver ahora que este idolo pretenda lo contrario parece contradicción; y se verifica aquí lo que dice Cristo,⁴ que todo reino en sí diviso fácilmente tiene fin. Sólo sé decir que esto decían los indios que así lo quería esta diosa y que aborrecía lo contrario.

Otra diosa había de otra diferente cualidad de la ya dicha, de la cual dicen que una vez se aparecía en figura de mujer moza y hermosa y andaba por los tiánguez o mercados enamorándose de los mancebos y provocábalos a su ayuntamiento y consumado los mataba. No sé qué verdad tiene esto, aunque sabemos que el demonio usaba con estas gentes de muchos engaños, transfigurándose en muchas formas y figuras, como aquel que lo sabe hacer (como dice San Pablo),⁵ que aunque lo parece de luz, lo es siempre de tinieblas; y así lo suele permitir Dios, y así lo permitiría entre estas erradas gentes por sus grandes pecados.

CAPÍTULO XXVI. *De los dioses de la provincia de Quauhquemallan, y de el dios llamado Exbalanquen*



EN EL REINO DE QUAUHEMALLAN, cuyos moradores se dice que tuvieron noticia del Diluvio antes de él, dicen algunos que tenían y adoraban por dios al gran padre y a la gran madre que estaban en el cielo y lo mismo después del Diluvio; y que llamándolos cierta mujer principal, encomendándose a ellos, le apareció una visión, que le dijo: no lla- mes así, sino de esta manera, que yo te ayudaré, del cual nombre ahora no se acuerda; pero que le parece que aquel nombre era o significaba lo que

⁴ Math. 12. Luc. 11. Marc. 3. y véase tomo I. lib. 4. cap. 20.

⁵ 2. Ad. Corint. 9. 11.

ahora nosotros decimos Dios. Después creciendo y multiplicándose las gentes se publicó que había nacido un dios en la provincia, treinta leguas de la cabecera que es Quauhquemallan, llamada Otlatla, y la provincia se nombra ahora la Vera Paz, al cual dios llamaron Exbalanquen. De éste cuentan, entre otras mentiras y fábulas, que fue a hacer guerra al infierno y peleó con toda la gente de allá y los venció y prendió al rey del infierno y a muchos de su ejército; el cual vuelto al mundo con su victoria y presa, le rogó el rey de aquellas tinieblas que no le sacase de allí, porque estaba ya tres o cuatro grados de la luz, y que el vencedor Exbalanquen le dio una coza, con mucha ira, diciendo: vuélvete y sea para ti todo lo podrido y desechado y hediondo de esos infernales lugares. Volvióse Exbalanquen y en la Vera Paz, de donde había salido, no le recibieron con la fiesta y cantos que él quisiera; y por esto se fue a otro reino, donde le recibieron a su placer; y este vencedor del infierno, dicen que comenzó el sacrificar hombres. Donde quiera que por aquellas tierras ofrecían sacrificio de cosas vivas, tenían ciertos cuchillos de piedra de navaja muy agudos, los cuales dicen que cayeron del cielo, y que cada pueblo y personas tomaron los que habían menester; a estos cuchillos llamaban manos de dios y del ídolo a quien sacrificaban; estos cuchillos tenían en tanta reverencia, por hacer como hacían con ellos los sacrificios que adoraban, y cuando menos los tenían en grandísima veneración; hacíanles muy ricos cabos y remates con figuras, según su posibilidad, de oro y de plata, y de esmeraldas y otras muy ricas y preciadas piedras; teníanlos siempre guardados con los ídolos en sus altares.

Los ídolos que comúnmente tenían por todas aquellas partes eran figuras de hombres y de mujeres, esculpidas en piedras de diversos colores y de aves y de otros animales. En un pueblo de aquella provincia se halló un ídolo como una cabeza de caballo, representando tener sacados los ojos y los vasos de ellos vacíos; y parecía que siempre corría de ellos sangre, cosa (dicen) que era admirable de ver. Toda esta tierra, con estotra que se llama Nueva España (según parece), tenía una misma manera de religión y ritos, y si en algo diferenciaba era en muy poco. En todo lo de Xalisco, Colima, Zacatula y todas aquellas tierras, que vuelven de éstas a estotra parte del norte, pasando por las del poniente, tenían sus ídolos, a los cuales adoraban, reverenciaban y acudían con sus necesidades. Y en las que ahora se llaman del Nuevo Mexico y en algunas partes de éstas, dicen, que adoran al sol y que entienden en esto que adoran al verdadero Dios, siendo falso, pues no lo es sino criatura suya. En aquella jornada que Alvar Núñez Cabeza de Vaca¹ hizo a la Florida, donde anduvo perdido tantos tiempos, dice, que saliendo ya al cabo de su peregrinación, con sus tres compañeros, hallaron junto de donde hallaron cristianos en el reino de Xalisco ciertas gentes; y que preguntándoles, ¿a quién adoraban y a quién sacrificaban y pedían el agua para sus labranzas y la salud para sus cuerpos?, respondieron que a un hombre que estaba en el cielo; y preguntándoles ¿cómo se llamaba?, dijeron que Aguar, y que creían que él había

¹ Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en sus Naufragios.

criado todo el mundo y las cosas de él; y tornáronles a preguntar, ¿cómo sabían aquello?, respondieron, que sus padres y abuelos se los habían dicho, que de muchos tiempos tenían noticia de esto y sabían que el agua y todas las buenas cosas las enviaba aquél. Cabeza de Vaca y sus compañeros les dijeron que aquel que ellos decían lo llamaban ellos Dios; y que así lo llamasen ellos y lo sirviesen y adorasen. Respondieron que todo lo tenían bien entendido y que así lo harían. Esto dice este capitán Cabeza de Vaca.

Volviendo a la costa de Paria (en la parte meridional), arriba y abajo, cuasi por todas aquellas partes, tenían poco más o pocos menos una manera de religión, teniendo algunos ídolos y dioses propios; pero en general todos pretendían haber uno común de todos y éste era el sol. E yendo todavía la vuelta de el austro, hasta donde se dice la tierra del Brasil, cuya punta solía llamarse el Cabo de San Agustín, por toda ella no tenían ni adoraban ídolos, ni tenían conocimiento alguno de Dios; solamente a los truenos debían de dar y daban alguna deidad, porque los llaman Tupana, que significa como cosa divina o sobrenatural; y de este nombre Tupan usaban y usan los ministros del evangelio en aquellas partes para darles conocimiento de el verdadero Dios. Dicen, asimismo, los predicadores, que allí están, que de ciertos en ciertos años vienen unos hechiceros de muy lejas tierras, fingiendo traer divinidad y al tiempo de su venida les mandan barrer y limpiar los caminos y los salen a recibir con danzas y fiestas a su usanza; y antes que lleguen al lugar andan las mujeres, de dos en dos, por las casas, diciendo públicamente sus faltas y las que han cometido contra sus maridos y unas a otras entre sí, como si esta preparación fuera para morir, pidiendo perdón de todas ellas. En llegando el hechicero con mucha fiesta al lugar, éntrase en una casa obscura y pone una calabaza, que trae en figura humana, en la parte más conveniente para sus engaños; y mudando su propia voz, fingiendo la de un niño puesto junto de la calabaza, les dice, que no curen de trabajar ni vayan a las rozas, porque el mantenimiento se crecerá por sí mismo y que nunca les faltará de comer y que el mismo pan se les vendrá a casa por sí mismo (engaño manifiesto y locura fingida sin fundamento), y dícenles que las cosas o palas con que cavan las tierras y las cultivan, ellas mismas se irán a cavar; y las flechas se irán al monte a cazar, para traer caza que su señor coma; que habían de matar muchos de sus enemigos y prometiales larga vida; y que las viejas se habían de tornar mozas, y que sus hijas las diesen a quien quisiesen; y otras cosas semejantes les decían y prometían, con que los engañaban en aquellos tiempos; y lo mismo será en éstos si no están los indios de aquella provincia convertidos y con ministros. Con esto los engañaba y engaña aquel hechicero, haciéndoles creer que en aquella calabaza había alguna cosa divina que les decía aquellas cosas. Y en acabando su plática o fingido oráculo el hechicero, comienzan a temblar todos, en especial las mujeres con grandes temblores de sus cuerpos que parecen endemoniados (como de cierto lo son), echándose en el suelo y echando espuma por la boca; y con esto les hace creer el hechicero que entonces les entra la bondad que ellos desean y que se hacen participantes de la amistad de sus fingidos dioses; y al que esto no

hace tiene por malo e indigno de aquellos bienes que allí se les ha prometido. Después de esto ofrecen al hechicero cada uno conforme su posibilidad y según de las cosas que tiene en su casa. Hácense también médicos estos embusteros y en las enfermedades fingen muchos engaños con aquellas supersticiones y hechicerías.

Estos ministros de Satanás son los mayores contrarios que los ministros evangélicos han tenido siempre y tienen, porque hacen entender a los dolientes que están enfermos, que otros sus enemigos y contrarios les meten en los cuerpos cuchillos, navajas, piedras y otras cosas con que les tienen así enfermos y dolientes. En sus guerras se aconsejan con ellos, demás de que tienen muchos agüeros de ciertas aves que tienen como adivinas o pronosticadoras de sus bienes y de sus males. Todo esto referido está escrito en una carta que escribieron unos ministros del evangelio que estaban en aquellas provincias.

CAPÍTULO XXVII. *De cómo estas naciones indianas adoraron al sol, llamado de ellos Tonatiuh, y de los antiguos gentiles Apolo*



ONATIUH (dios de estos indios mexicanos) quiere decir sol; y aqeste no es nombre propio de el sol, sino que es verbo de la obra que hace, que es resplandecer, y Tonatiuh quiere decir el que va resplandeciendo. A éste adoraron estos indios, debajo también de otros nombres, aunque por causa de reverencia no le nombran con otro nombre, haciéndole propio el de su efecto; así como a Dios, que teniendo muchos nombres, como parece en el hebreo, comúnmente le nombramos por el Verbo, que significa la obra más principal que sobre los hombres obra, que es dar vida; porque según San Isidoro,¹ puede venir deste verbo *do, das*, que significa dar; y uno de los mayores beneficios que el hombre recibe, es el de la vida, porque sobre él caen todos los demás que se le comunican; y así estos indios (como decimos en otra parte) le llamaban Ypalnemohuani, que quiere decir, aquel por cuya virtud vivimos; y este nombre mismo es el que daban al principal dios que ellos imaginaban que es todo poderoso y está en todo lugar. A este dios sol tenían por cosa viva y divina y digna de grande honra y acatamiento; y así le edificaban templos; y uno de ellos fue en el pueblo de San Juan Teotihuacan, de grande sumptuosidad y eminencia, y le festejaban con grandes solemnidades, no solamente en las fiestas del calendario, pero también en las del arte adivinatoria.

Tenía este ídolo universal opinión de su divinidad en todas estas partes (como también la tuvo en todas las demás del mundo), porque con este ídolo han fornicado todas las naciones del mundo, y por esta causa les dice

¹ Div. Isidor. Ethymol. lib. 7. cap. 1.